

CONFERENCIA:

“LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD SEGÚN EL PSICOANÁLISIS”

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo (2024c) “La búsqueda de la felicidad según el psicoanálisis”.

Conferencia dictada en la Fundación Luis Chiozza el 22 de noviembre de 2024.

En algún momento de nuestra vida, seguramente en la infancia, hemos tomado noticia de la muerte. No de la muerte como un peligro a evitar, sino la muerte como un destino inevitable, el hecho de que todos habremos de morir algún día. Esta noticia arroja un manto de dudas sobre el sentido de nuestra vida. ¿Qué sentido tiene esforzarse por sobrevivir, si la batalla está perdida? De más está decir que lo más común es que esta cuestión, este profundo interrogante, tenga el destino de la represión. Una forma de la represión es la negación, pensar que a nosotros no nos va a pasar -lo cual en el fondo todos lo creemos- y otra forma es la sustracción de investidura, es decir, restarle importancia, olvidarse del asunto, postergarlo. Falta mucho, ya veremos.

Una idea que el psicoanálisis utiliza mucho es la idea de que la ontogenia repite la filogenia, es decir que la evolución de cada individuo repite los mismos pasos que la evolución de la humanidad. Y, en efecto, pensamos que en algún momento de su evolución el hombre ha tomado consciencia de su propia finitud y esto le ha generado el interrogante por el sentido de la vida. Para muchos este interrogante es el origen del pensar filosófico. Y la felicidad es una de las respuestas más frecuentadas a la hora de contestar por este interrogante del sentido de la vida. Mencionemos de paso que, también para el psicoanálisis, la represión de la finitud de la vida es el origen del pensamiento religioso. Para esta forma religiosa de pensar, el sentido de esta vida es lograr el acceso a la otra vida, que es eterna. Sin embargo, nótese que no basta con que la otra vida sea eterna, también tiene que ser feliz, y entonces está la idea del paraíso. Quiere decir que esta idea de la felicidad también está en el pensar religioso. El sentido de la vida sería lograr el acceso a esta felicidad eterna.

El diccionario define a la felicidad como: “El estado de grata satisfacción, espiritual y física”, y algunos de sus sinónimos son: “Dicha, contento, satisfacción, bienestar y alegría”. El psicoanálisis no se ha ocupado mucho del tema de la felicidad, más allá de algunas interesantes reflexiones que nos trae Freud en el artículo *El malestar en la cultura* -que, dicho sea de paso, había pensado en titular *La infelicidad en la cultura*-, pero esto no significa que el psicoanálisis no tenga mucho para decir sobre este tema. El psicoanálisis es un intento de comprender la vida anímica y la vida anímica es la vida como experiencia subjetiva. Y el psicoanálisis, para comprender la vida anímica, establece una metáfora donde, de alguna manera, considera a la vida anímica como el producto del funcionamiento de un aparato: el aparato psíquico o el aparato anímico. Es un aparato que tiene una serie de partes acomodadas acorde a fines. Por lo tanto, la finalidad de este aparato está representando justamente esta pregunta que nos hacemos: el sentido de la vida. ¿Y cuál es la finalidad de este aparato psíquico, de este aparato anímico? Freud nos dice que el aparato anímico tiene el fin de mantener su propia energía dentro de unos niveles constantes, protegiéndose de los influjos de las energías mayores, hiper grandes, que están en el mundo exterior. El mundo exterior, de alguna manera, lo asedia al aparato anímico, el aparato anímico se tiene que proteger -tiene una barrera antiestímulos-, pero parte de la energía ingresa al aparato y se acumula. Y la idea de Freud es que, para mantener esta energía en niveles constantes, el aparato tiene que descargar estos excesos de energía.

Dicho así, parece una cosa un poco caprichosa, no entendemos bien de qué se trata. Pero entonces Freud nos dice que el principio -en esta cita que voy a tomar, podría tomar otras, pero en esta cita que voy a tomar se está refiriendo a un proyecto de psicología para neurólogos-, dice: "Las neuronas procuran aliviar la cantidad". Bueno, ahora sí entendemos, porque el alivio de alguna manera es un afecto y entonces ahora sí nos podemos identificar. Podemos identificar esta descarga con el alivio, es decir, con algo placentero, y, al revés, la carga con algo displacentero. Si pensamos, por ejemplo, en la excitación sexual -o también podemos pensar en la función urinaria o en la defecación-, nos damos cuenta de que sentimos alivio al descargar -alivio y placer- y lo contrario del alivio, el displacer, sucede con la carga. Pero, de todas maneras, igual esto podría haber sido al revés. Podríamos haber pensado, por ejemplo, en la comida o en la sed y pensar que el aparato, para poder funcionar, tiene que salir al mundo exterior a recargar sus baterías; también podría haber sido. Pero esto no es lo importante, lo importante es que podamos identificar la carga o la descarga con el placer y con el displacer. Nótese que no se está explicando el placer -porque no hace falta explicar el displacer o el placer, ya sabemos lo que es-, sino que se está utilizando el placer para entender qué cualidad tenemos que darle, en este caso, a la descarga. Entonces, la finalidad del aparato anímico es descargar el exceso de energía, es decir, transformar un estado de displacer en un estado de placer. Entonces, para el psicoanálisis, la vida anímica se rige por el principio de placer.

A mí esta me parece que es una idea muy interesante. Fíjense que, si ahora nos preguntamos para qué esforzarnos en sobrevivir, si de todas maneras habremos de morir, ahora podremos responder que, si podemos experimentar placer, el esfuerzo no es del todo inútil. Mientras haya vida, hay esperanza. ¿De qué? De experimentar placer. El enigma por el sentido de la vida no desaparece por completo, pero sí se ha hecho un poco más chico. ¿Esto significa que el placer es ese "estado de grata satisfacción, espiritual y física" que llamamos "felicidad"? No todavía, no nos adelantemos, las cosas son un poco más complejas. Pero bueno, llegamos a la conclusión de que la vida anímica se rige por el principio de placer. El problema es que muchos psicoanalistas no estarán de acuerdo con esta conclusión y, a decir verdad, argumentos no les faltan. Veamos un poco estas objeciones.

Freud, con mucha lucidez, se dio cuenta de que, si el principio de placer fuera lo único que pudiera guiar el aparato, no alcanzaría para que el aparato sobreviva. Si el placer guía las investiduras dentro del aparato, entonces no se podrían investir representaciones displacenteras y entonces el aparato no podría prever el displacer. Quiere decir que, si nosotros no fuéramos capaces de pensar en cosas desagradables, no las podríamos evitar. Si no podemos, cuando organizamos, por ejemplo, una fiesta al aire libre, si no pensamos en la posibilidad de la lluvia -que es desagradable-, seguramente muchas veces acabaremos mojados. Entonces Freud supuso que el principio de placer no era suficiente para explicar todo el funcionamiento del aparato, que el principio de placer era un funcionamiento básico, primario -él lo llamaba "proceso primario"- pero que, para que el aparato pudiera tener éxito en el trato con la realidad, tenía que haber otro proceso -al que llamó "proceso secundario"- que, inhibiendo al principio de placer, le permitiera atender a la realidad. Y a este

principio lo llamó "principio de realidad". De hecho, digo que la objeción es sólida porque Freud escribió un artículo donde dice "*Los dos principios del acaecer psíquico*" y son estos dos principios, el principio de placer y el principio de realidad. Si pensamos en un ejemplo extremo del principio de placer, es la alucinación. Por ejemplo, el sujeto que está en el desierto y alucina que llegó a un oasis. Ahora después vamos a entrar un poco más en detalle de qué es la alucinación. Pero en la alucinación las cosas ocurren tal cual lo queremos, con el único inconveniente de que la satisfacción no es real. No es lo mismo tomar agua que imaginarse que uno toma agua. En el principio de realidad sucede lo contrario, las cosas no serán como queremos, pero la satisfacción es real. Después vamos a volver sobre esto.

Así que, para Freud -voy a citar una cosa que dice-, "*el principio de placer se transformó, bajo el influjo del mundo exterior, en el principio de realidad, más modesto*". Para Freud, entonces, el aparato anímico no se rige por un único principio sino por dos: el principio de placer -pretencioso, pero ineficaz- y el principio de realidad -eficaz, pero modesto-. Como señalé en otra oportunidad, a mí me parece que aquí se desliza un malentendido que es imprescindible esclarecer si deseamos luchar contra la neurosis que todos llevamos dentro. En este ordenamiento en dos principios hay entremezcladas dos ideas distintas. La primera idea, que es la principal, es que si queremos satisfacer nuestros deseos y lograr el placer que buscamos, debemos atender a la realidad. Obvio, si queremos un placer real, debemos atender a la realidad. Pero la otra idea que se desliza, nocivamente, es la idea de que atender a la realidad no es lo que queremos, es menos de lo que queremos, que el principio de realidad es una versión modesta. De aquí surge la vivencia, un poco paranoica, de que la realidad es lo que se opone a los deseos -como si a la realidad le importara, ¿no?- y que la realidad tiene la mala costumbre de no ser como queremos. Y esta idea nos impide comprender que la realidad es el único lugar donde los deseos se pueden satisfacer. Entonces, yo me pregunto, ¿por qué restringimos el nombre de "principio de placer" a una cosa que solamente genera frustración, que no consigue el placer, y le oponemos un principio, al que llamamos "de realidad", que es el que encuentra el placer? Es como si, frente al placer real, dijéramos: "Esto no es el placer, el placer es otra cosa". ¿Qué cosa? Bueno, la frustración de la alucinación. A mí me parece que es más simple, que es más claro y que es más coherente mantener la idea de un único principio, el principio de placer. Entonces podemos pensar que el sujeto busca el placer en la fantasía porque es más fácil. Pero como esto no le trae la satisfacción que el principio de placer busca, el sujeto continúa buscando y si no lo encuentra en la fantasía, lo busca en la realidad. Entonces el principio de placer aprende, evoluciona, hasta encontrar el placer que busca. Lo que Freud llama "principio de realidad", a mí me parece que es una versión mejorada del principio de placer, más gratificante. No es necesario renunciar al principio de placer, solamente hay que saber dónde buscar el placer: no en la fantasía y sí en la realidad. Entonces, ¿de dónde surge la idea de que el principio de realidad es algo más modesto que el principio de placer?

Exploremos un poco en detalle cómo se satisface un deseo. Para que el aparato anímico pueda transformar un estado displacentero en placer -es decir, satisfacer un deseo-, se requieren de varios pasos. El primero de todos es

poder identificar esa insatisfacción como un deseo. Y después saber cómo y con qué se satisface esa insatisfacción. Una pieza muy importante del aparato anímico es la memoria. Sin ella sería imposible aprender. La memoria es un archivo de representaciones de experiencias pasadas. Entonces, gracias a la memoria, disponemos de una representación que nos permite, primero, reconocer el deseo, la insatisfacción. Segundo, saber cuáles son las acciones que es necesario llevar a cabo para satisfacerlo. Por ejemplo, si es el hambre, el comer. Y tercero, al objeto con el cual ese específico deseo se satisface. Ahora que tenemos todos estos datos, es necesario también conocer la realidad, es decir, percibirla, y buscar en ella el objeto que necesitamos. Con la imagen del objeto -el objeto del recuerdo-, el sujeto busca y compara lo que va encontrando con ese objeto del recuerdo -el recuerdo de la pasada satisfacción-. Cuando la similitud entre lo que busca y lo que encuentra es suficiente, llamamos a esto "identidad de pensamiento" -retengan este nombre porque lo vamos a usar-, el sujeto deja de buscar y da paso a la acción eficaz que en el pasado logró la satisfacción. ¿Se entendió esta cuestión de la identidad de pensamiento? Es decir, entre lo que yo busco y lo que encuentro tiene que haber suficiente similitud. Si considero que la hay, doy paso a la acción y entonces, si estaba bien establecida, se satisface el deseo. Pero si nos ponemos muy, muy, muy exigentes, ningún objeto de la realidad será idéntico al objeto del pasado, al objeto del recuerdo. Como cuando se dice que uno no puede ir a París dos veces por primera vez; la segunda vez no es igual. Esta identidad entre el objeto del recuerdo y el objeto de la percepción -que sean idénticos- solamente es posible en la alucinación, porque en la alucinación el deseo inviste la representación con tanta fuerza, que el sujeto, en lugar de recordar, cree que está percibiendo. Este es el fenómeno de la alucinación. A este fenómeno lo llamamos "identidad de percepción", donde el sujeto, en lugar de recordar, percibe la representación recordada. Es un ejemplo muy común, por ejemplo, cuando una persona está en un proceso de duelo y perdió a un ser querido, muchas veces cree verlo por la calle. Ahí lo que cree estar viendo es lo que recuerda, no lo que ve.

Esta diferencia que siempre hay entre lo que se busca y lo que se encuentra, lo lleva a Freud a pensar que, por nuestra propia constitución, estamos inhabilitados para lograr una satisfacción plena, que siempre hay un remanente de insatisfacción, en tanto lo que buscamos y lo que encontramos no es lo mismo. Desde este punto de vista el hombre estaría condenado a una cierta infelicidad por su misma constitución. Para mí, en cambio, se trata del mismo malentendido al que nos referimos al hablar de que el principio de realidad es una versión más modesta del principio de placer. Es como si dijéramos, comparado con la identidad de percepción, la identidad de pensamiento es un pobre sustituto con el que de mala gana habremos de conformarnos. Yo no pongo en duda que esta disconformidad sea un sentimiento frecuente y poderoso, pero para mí este sentimiento es neurótico. Lo que no creo es que la satisfacción sea imposible de lograr.

En una poesía, Chiozza nos deja planteada esta misma pregunta. Voy a citar un pedacito, dice: "*¿Por qué debo querer lo que ha sido, si lo que ha sido ha sido sin querer? ¿Por qué frente al tiempo que se ha ido, finjo querer lo que no pudo ser?*". Como sugiere el poeta, se trata de una disconformidad fingida, a

los fines de la queja, para que otro me de lo que temo no lograr. Si ahora nos preguntamos qué es lo que busca el deseo, la respuesta más obvia es que el deseo busca la satisfacción. ¿Entonces por qué fingimos que lo que busca el deseo es el objeto? En el trámite de satisfacer el deseo, la representación tiene una función orientativa, simbólica. Es como la brújula. Cuando nosotros usamos una brújula, no queremos ir al Polo Norte, el norte es un símbolo. Si nosotros confundimos la cosa con lo simbolizado, estamos haciendo una ecuación simbólica. Entonces, lo que busca el deseo es la satisfacción, no la representación; la representación no es la meta del deseo, es el medio.

En otra conferencia, en la que me ocupaba de la gran capacidad del hombre para representar, decía que cuando esta capacidad se utiliza de manera exagerada, tendemos a no poder vivir en el presente y empezar a vivir o en el pasado o en el futuro. Y entonces queremos lo imposible del pasado y tememos las posibilidades del futuro. En otra conferencia hablaba de la promesa fálica, no me voy a detener mucho en este concepto, pero es la misma cuestión. El sujeto, en lugar de poder satisfacerse con su genital maduro, desea lo que imaginaba que iba a tener cuando era chico, es decir el falo y no el pene.

Esta es la primera objeción a la idea de que la vida anímica se guía por el principio de placer. La segunda, que también viene de Freud, es que Freud escribió un libro que se llama *Más allá del principio de placer*. En este trabajo Freud sostiene que hay algo que rige el funcionamiento del aparato psíquico y que está más allá del principio de placer, que es la pulsión de muerte. Se trata de una de las ideas más geniales y profundas que el psicoanálisis tiene para ofrecer sobre la vida. En esta idea, lo que habíamos descripto como esta primitiva idea cuantitativa, ahora aparece más espiritualizada. Según esta idea, la vida, ahora concebida como Eros, surge como una perturbación de lo inorgánico. Esta perturbación -que es una molestia, que es una complicación- debe agotarse viviendo. Por lo tanto, la vida, lleva en su seno el deseo de retornar a este reposo de lo inorgánico, la muerte. Si la vida es un displacer, si la vida es un deseo que busca satisfacerse, una vez que se satisface este deseo de vida, ya no quedaría vida. Esta es la idea. Obviamente -y esto Freud se ocupa de aclararlo muy bien- no se trata simplemente de que la vida busque la muerte, cualquier muerte, la más rápida, mejor. No. Todo lo contrario. La vida busca resolverse y agotarse en la muerte. Digámoslo en otras palabras, estamos vivos mientras tenemos deseos por satisfacer; todos estos deseos representan el estar vivo, pero tener esos deseos es, lógicamente, intentar satisfacerlos, porque tener los deseos es un estado de insatisfacción. Si lográramos satisfacer todos y cada uno de los deseos, entonces habríamos descargado toda la energía vital. No habría más deseos y por lo tanto tampoco habría más vida, en otras palabras, moriríamos contentos. Obviamente, si no satisfacemos todos los deseos, también morimos, pero menos contentos, con la idea de que nos quedaron cosas pendientes de satisfacer. Para Freud esta tendencia a la muerte era algo que estaba más allá del principio de placer. A mí me parece que, si esta tendencia a la muerte es una pulsión que se manifiesta como un deseo, que busca satisfacerse en la descarga, entonces, es también algo que se rige por el principio de placer. La vida anímica, la consciencia, aparece en un estado de displacer, una perturbación, y es llamada a resolver

esa perturbación, a descargar ese exceso de energía que se registra como displacer. Si lo logra, en la misma descarga placentera, la consciencia, ya cumplido su cometido, se apaga. Un ejemplo de esto lo tenemos en el orgasmo. El orgasmo es un acúmulo de mucha energía a descargar, de mucha excitación, y cuando se logra descargar esta excitación, el sujeto experimenta un gran placer y en este placer siente que su yo se diluye, empieza a perder los límites y es frecuente que se quede dormido. Obviamente no agota toda la energía, porque si no moriría, pero se agota una enorme cantidad de energía y entonces es frecuente que, una vez logrado esto, la consciencia desaparezca. La vida continúa, pero en otros niveles de consciencia, que todavía no están resolviendo sus propios problemas. Entonces llegamos a esta conclusión, a mí me parece que vale la pena plantearlo así, que podemos decir que la vida se rige por el principio de placer.

Ahora ocupémonos de ver qué es el placer. ¿El placer es un afecto? Freud sostiene que los afectos son procesos de descarga que se registran en la consciencia como sensaciones. Es decir, lo esencial de los afectos es que se sientan y para sentirlos tiene que haber una consciencia capaz de sentir. De modo que la respuesta más obvia es que sí, el placer es un afecto, en tanto es un proceso de descarga, como dijimos, y en tanto es una sensación que se registra en la consciencia.

Dicho sea de paso, si hay una vida anímica inconsciente que se rige por el principio de placer, tenemos que pensar que esta vida anímica inconsciente tiene que tener una consciencia capaz de sentir el placer que lo rige. Es decir que la vida anímica inconsciente es necesariamente un sujeto que siente.

Pero ahora viene una cuestión más compleja. El displacer, ¿es también un afecto? Bueno, si la satisfacción es una sensación, no cabe duda de que también lo es la insatisfacción. Pero, al revés que el placer, el displacer lo concebimos como un proceso de carga, no de descarga. Esto parece un problema complejo. Uno podría pensar que placer y displacer, más que afectos son como unas tonalidades a través de las cuales se experimentan los afectos. Es cierto que hay afectos que son placenteros y que hay afectos que son displacenteros. Pero sucede que a veces un mismo afecto puede ser placentero o displacentero según, por ejemplo, su magnitud. Como por ejemplo puede suceder con la picazón o con la risa. Pero una picazón que se vuelve displacentera por su magnitud, ¿deja de ser un proceso de descarga? Los afectos displacenteros, ¿dejan de ser procesos de descarga o dejan de ser afectos? ¿Y qué pasa con los deseos? Los deseos son un estado de insatisfacción, por lo tanto, son displacenteros. Pero ¿no hay deseos placenteros? Por ejemplo, si la vida es un deseo, ¿el placer de estar vivo es un deseo placentero? El tener ganas, ¿es placentero o displacentero?

En un trabajo anterior sostenía que deseo y afecto son dos maneras que tenemos para experimentar una misma sensación. Lo podemos llamar "hambre" o lo podemos llamar "ganas de comer". Si lo llamamos "ganas de comer", es un deseo, si lo llamamos "hambre", es un afecto. Decía que cuando la sensación se experimenta como deseo, el sujeto se siente más potente y enfatiza la acción que desea llevar a cabo con el objeto. En cambio, cuando

esa misma sensación se experimenta como afecto, el sujeto, sintiéndose más débil, lo que enfatiza es lo que desea que el objeto haga con él. Por ejemplo, si lo experimento como deseo, digo: "Tengo ganas de verte". Si lo experimento como afecto, digo: "Te extraño". Cuando digo: "Te extraño", vos sos el que tiene que llevar a cabo las acciones; cuando digo: "Tengo ganas de verte", estoy diciendo que soy yo el que tengo que llevar a cabo las acciones. Siguiendo esta idea, podríamos pensar que los deseos placenteros son aquellos en los que se anticipa la satisfacción del deseo. A través de la imaginación, el sujeto, al desear, ya comienza a alucinar con la satisfacción. Es decir, los deseos los experimentamos placenteramente cuando sentimos que estamos muy cerca de poder satisfacerlos. Cuando la satisfacción del deseo se experimenta como muy lejana, experimentamos ese mismo deseo como displacentero. Pero esta cuestión de que podamos anticipar la satisfacción a través de la imaginación nos introduce en otro tema que es un tema bastante interesante y que nos va a venir muy bien para el tema que nos ocupa, que es el tema de la realidad y la imaginación. Cuando hablamos del principio de realidad establecíamos una distinción muy clara y muy útil, entre lo que era la satisfacción alucinatoria y la satisfacción real. Por ejemplo, alucinar con tomar agua no era real y entonces el deseo no se satisfacía. Tomar agua sí era real, entonces el deseo se satisfacía. Esto funciona casi perfecto cuando estamos pensando en necesidades materiales, como el hambre, por ejemplo. Digo "casi" porque es sabido que en sujetos que están sometidos a prolongados períodos de inanición, el hecho de imaginarse a sí mismos comiendo, no es del todo ocioso, ya que ayuda a mantener activas ciertas funciones que de otra manera se atrofiarían o se atrofiarían más. Pero dejemos esta cuestión de lado. En las cuestiones de las necesidades materiales, esta diferencia entre realidad y alucinación, o realidad e imaginación, funciona bastante bien. Pero, si nos alejamos de las necesidades materiales y pensamos en los deseos más espirituales, la cuestión se hace mucho más compleja. Hace poco vi la serie Cromañón, no sé si la vieron, les voy a contar una escena. Un matrimonio se entera por la televisión que hubo un incendio en el local de Cromañón y ellos tenían a sus dos hijos -un varón y una mujer- que habían ido al recital. Angustiadísimos, son de Villa Celina, agarran el auto y se van para Cromañón, entran en un estado de angustia, en aquella época los celulares no eran tan frecuentes. Mientras él maneja, ella está tratando de comunicarse y finalmente se logra comunicar con la hija. Y la hija le dice: "Estoy bien, ya salí", "¿y tu hermano?", "también salió, lo vi y está bien". Bueno, el alivio que siente esta mujer, si existe la felicidad, es esa. La mujer dice... si cortara su vida en ese momento, podría decir que es el momento más feliz de su vida. Bueno, cuando llegan encuentran a la hija y dicen ¿dónde está el chico?, lo empiezan a buscar y se encuentran con un amigo que les dice: "No, murió. Entró de nuevo a buscar gente y cuando salió se intoxicó y se murió". Más allá de la serie, no quiero entrar en esa cuestión terrible, fíjense qué cosa interesante que acaba de pasar. Esa felicidad, ¿era una alucinación o era real? La noticia de que el hijo está vivo ¿es la felicidad? ¿o necesitamos esperar a que se confirme en un hecho de la realidad para que entonces sea felicidad? Se dan cuenta que trazamos esta diferencia entre realidad e imaginación pensando en la realidad material, pero también está la realidad psíquica, que también es algo muy importante. De modo que, cuando consideramos las cosas en trazos gruesos, como el hambre o la sed, la realidad material juega un papel más concreto y

fácil de identificar. Pero cuando hacemos trazos más finos, cuando consideramos satisfacciones espirituales, como la felicidad, el papel que la realidad material tiene disminuye bastante y empieza a ganar importancia el papel de la realidad psíquica. Por ejemplo, para sentirme amado -algo muy importante para la felicidad-, ¿dependo de lo que el otro sienta o de lo que yo creo que el otro siente? Si lo ponemos al revés es más fácil: cuando me siento poco querido, ¿este sentimiento tiene que ser real para que cause sus efectos? ¿Depende de lo que los otros me quieren poco o depende de lo que yo creo que los otros me quieren? Ven que el tema se hace bastante más complejo. Entonces el psicoanálisis nos dice que el sentido de la vida es la búsqueda de placer. Pero, como ahora comprendemos, para saber si el placer que encontramos es el que buscamos, no solo dependemos de lo que sentimos, sino también de lo que creemos. Si, como vimos, por ejemplo, pensamos que el placer real es una versión modesta de lo que buscamos, la satisfacción que obtenemos siempre nos parecerá poco. ¿Se acuerdan de este malentendido de que el principio de realidad es una versión modesta? Si pensamos que lo que buscamos es el objeto del pasado, es decir, la representación, entonces nos parecerá que la satisfacción es imposible. Por ejemplo, si yo busco un caballo, la posibilidad de establecer una identidad de pensamiento adecuada no es tan difícil, cuestión de irse al campo, ¿sí? Pero si lo que yo busco es un centauro, la identidad de pensamiento será siempre insuficiente. La posibilidad de lograr una satisfacción plena entonces depende más de la concepción que tengamos de la satisfacción, que de nuestra propia constitución. ¿Me siguen bien en esta idea? El sujeto que, en lugar de buscar la satisfacción, busca la representación original, es decir, el objeto del recuerdo es un sujeto que no está dispuesto a establecer identidades de pensamiento, que toda identidad de pensamiento le va a parecer insuficiente. Pero entonces, ¿es que la satisfacción no es posible o es que él no está dispuesto a la satisfacción? De modo que no encuentra la satisfacción, no porque la satisfacción no exista, sino porque no la busca, no está buscando la satisfacción, está buscando el objeto. Así se condena a sí mismo a la infelicidad. ¿Pero cómo? ¿Este sujeto entonces no se rige por el principio del placer? Bueno, sí, se rige por el principio del placer, solo que su placer está, seguramente, en otro lado, en la secreta satisfacción de probar que la vida es injusta. En la convicción neurótica de que, si rechaza todas las satisfacciones posibles, alguien, viéndolo sufrir, le dará algo mejor. De modo que su vida se rige por un principio de placer infantil y neurótico. ¿Se entiende bien esta idea? Si yo rechazo todo lo que la vida me ofrece, no es que la satisfacción no es posible, es que yo estoy esperando que me den algo mejor.

Entonces, ¿es posible la felicidad? Bueno, como dijimos, antes de responder si la felicidad es posible, tendríamos que poder definir las cosas un poco mejor, porque que sea o no posible depende de cómo definamos la felicidad. Dijimos que la felicidad es un estado de grata satisfacción espiritual y física. Esto significa un estado perdurable de placer en ausencia de displacer. Como ya dijimos, la completa satisfacción de todos y cada uno de los deseos, equivale a que el aparato anímico descargue el total de la energía y entonces muera. En otras palabras, satisfacer todos los deseos implicaría también satisfacer la pulsión de muerte; o, dicho de otra manera, si la vida es un deseo, satisfacer todo el deseo implica ya no estar vivo, no tener más deseos. Y

estamos de acuerdo que por felicidad no entendemos muerte. Entonces uno podría decir, bueno, bajemos un poco la expectativa, satisfagamos casi todo, menos la pulsión de muerte. Digamos, pensemos en un placer muy intenso que satisfaga la mayoría de los deseos sin llegar a ser la muerte. ¿Esto es posible? Bueno, el orgasmo, del que hablábamos antes, cumple muchos de estos requisitos, una gran satisfacción. Pero el orgasmo no es un estado, el orgasmo es un episodio. Para Freud -cito- “estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste y muy poco el estado”. Se entiende. Se comprende que, si el placer es una descarga, por fuerza tiene que ser efímera. Yo puedo estar un año preparando la fiesta de casamiento, la fiesta la puedo estirar hasta doce horas, al día siguiente puedo ver el video, pero en un momento se termina, en mucho menos que un año, que llevé prepararla. La única manera de experimentar placeres intensos es meterse con grandes dificultades que supongan displaceres intensos. Para poder gozar mucho de la comida, lo primero es tener hambre; si yo no tengo hambre, no puedo gozar. Pensemos que, un instante antes del orgasmo, si el sujeto fuera interrumpido, toda esa promesa de placer que estaba a punto de obtener se transforma en un displacer de toda esta excitación que no se puede descargar. Entonces, los grandes placeres, si son una descarga, requieren de grandes cargas, que son grandes displaceres. La ausencia de dificultades o la ausencia de displaceres, sería también la ausencia de grandes placeres. En conclusión, si por felicidad entendemos placer, entonces no puede ser un estado, a lo sumo puede ser un episodio. Si por felicidad entendemos un estado, entonces no puede ser placentero, a lo sumo exento de sufrimiento, que no es lo mismo que placentero. Una felicidad posible sería alternar ciclos de infelicidad y felicidad, pero tampoco esto es lo que queremos. Si alguien dijera, bueno, para que seas feliz te vamos a dar un diagnóstico equivocado de cáncer, vas a pasar una semana de mierda, y después te vamos a decir: “Ah, no, fue un error”, ahora vas a ser feliz. No, esto no es nuestra imagen de la felicidad. Otra felicidad posible sería ser feliz sin darse cuenta, pero esto tampoco es lo que queremos. Ser feliz porque no nos pasa nada malo, pero no lo notaríamos. Esto tampoco es la idea de felicidad que tenemos. Al parecer no sabemos bien lo que queremos, como cuando los chicos están pasados y ya no saben bien qué es lo que quieren. ¿Cómo hacemos para resolver esto?

Bueno, volvamos un poco al principio. Dijimos que, en la vida anímica, la consciencia, comienza en un estado de displacer dado por la energía exterior que amenaza con aniquilar el aparato. Esta consciencia es llamada a resolver un problema, lidiar con estas cargas, con estos estímulos y lograr descargarlos. Si lo logra, siente placer y además evita la destrucción. También dijimos que hay una memoria que permite el aprendizaje. Entonces, si se logra tramitar el displacer y obtener placer, el sujeto -el yo- también aprende y se hace más capaz. Al comienzo el yo es débil frente a la tarea, frente al estímulo, frente a la magnitud, aparece la consciencia de que tiene que tramitar el displacer y no sabe si va a poder o no va a poder. Pero, a medida que va resolviendo las dificultades, va creciendo y se va haciendo más fuerte. Como la función del yo es descargar y como la descarga es placer, dijimos que el sentido de la vida es el placer: ¿Qué quiere el yo? Placer. Pero también podemos decir que, si al comienzo el yo es débil, también podemos decir que

lo que el yo desea es *poder*, es decir, lograr el éxito. Así como, para Freud -en la teoría de la pulsión de muerte-, esta lucha por la satisfacción de los deseos, que llamamos “vida”, contiene el deseo de que la lucha termine, de que se llegue al reposo -la pulsión de muerte-, también podemos decir que esta lucha, que llamamos “vida”, contiene el deseo de poder. Hay un cuento muy bonito de Jack London, de un sujeto que está en un bosque, en un lugar con temperaturas bajísimas, y en un momento se cae al río, agua helada, y se moja. Ya está empezando a anochecer y el sujeto sabe que para no morir de hipotermia tiene que encender un fuego, se llama así, “Encender un fuego” -no les voy a contar el final-. Imaginemos que este sujeto logra encender el fuego, bueno, evidentemente tiene la satisfacción de tener el calor que necesita para no tener una hipotermia. Pero si el sujeto logra resolver esta situación tan difícil, también tiene una sensación de poder. ¿Se acuerdan de la película “El naufrago”, cuando el sujeto logra hacer fuego, que se siente poderoso como un dios? Entonces, al comienzo de la vida somos débiles, esto significa que no podemos valernos por nosotros mismos y necesitamos, para sobrevivir, ser asistidos por otros. El objeto que brinda la asistencia resuelve las necesidades del niño y esto es lo que le permite al niño sobrevivir. Pero el objeto que brinda la asistencia y resuelve las necesidades del niño, lo que no puede resolver es la debilidad, ese estado de desvalimiento. Este estado de desvalimiento es sumamente displacentero. ¿Por qué? Porque implica depender, para sobrevivir, de un objeto que uno no controla. Es justamente sentir que lo que más nos importa no depende de nosotros, ese es el desvalimiento, y esto tiene que ser displacentero. Si la vivencia de desvalimiento es displacentera, también es un deseo. ¿Qué deseo? Es un deseo que busca satisfacerse. La satisfacción de este deseo es, como propuse en otro trabajo, el sentimiento de autoestima. ¿Por qué autoestima? Porque este deseo de poder, de superar el desvalimiento, es un deseo que el objeto de la asistencia ajena no puede satisfacer, nadie lo puede hacer por nosotros. El núcleo central de la neurosis es el deseo irrealizable de que el objeto que nos resuelve todas las dificultades y satisface todas las necesidades, satisfaga también nuestro deseo de poder. Esa es la neurosis, que el objeto nos dé la fortaleza, nos resuelva el desvalimiento y nos resuelva la debilidad. Así como nos da todo lo que necesitamos para sobrevivir, que nos dé también su fuerza, su poder, que nos resuelva también la dependencia que tenemos de él. ¿Qué pretende el neurótico del objeto? Lo mismo que pretende el fiel de su dios, la respuesta es: todo. ¿Qué es todo? La felicidad. ¿Qué es la felicidad? La vida eterna en el paraíso, donde todo es satisfactorio y no hay displacer -cosa que dijimos que es imposible-. El sujeto neurótico dice: “Si de veras me quisiera, me lo daría”. Esta es la famosa necesidad de amor del neurótico, insaciable, y el precio que paga por esta necesidad neurótica de amor es el de no sentirse suficientemente querido. Porque, si yo digo: “Si me quisieras, me darías todo”, entonces, mientras no tenga todo, no me puedo sentir querido.

Detengámonos un poco en una cuestión muy interesante de este deseo de poder. Todo deseo, entonces, así como hablábamos de la pulsión de muerte, todo deseo entonces contiene en su fondo el deseo de poder. El deseo de poder es como si fuera un verbo auxiliar, cuando digo “deseo comer”, lo que estoy queriendo decir es que deseo *poder comer*, cuando deseo que me quieras, significa deseo *poder hacer que me quieras*. Un deseo que se

satisface gracias a un poder que es ajeno, me genera una satisfacción, pero no tan plena como cuando la satisfacción del deseo proviene de mis propias acciones. La satisfacción por el poder ajeno conlleva una cuota de displacer, de inseguridad, de dependencia. A menos, obviamente, que la satisfacción ajena uno sienta que corresponde a lo que uno fue capaz de dar, pero ese no sería el ejemplo.

Fijense en una cosa interesante, si pensamos, por ejemplo, en el deseo sexual, la excitación, en la satisfacción la excitación se descarga y el sujeto se vacía de excitación. Pasado un tiempo, la excitación vuelve, se vuelve a llenar uno de excitación y entonces el ciclo se repite. Freud hacía una metáfora, yo no me acuerdo bien si era con las cabezas de medusa, que uno cortaba las cabezas y volvían a salir, y él decía que esta era una representación de las pulsiones, que se satisfacen y otra vez al día siguiente hay que volver a satisfacerlas; satisfacemos el hambre y al rato volvemos a tener hambre. Entonces, la satisfacción nos deja vacíos y la consciencia, por decir así, desaparece. Pero, en cambio, con este deseo de poder, cuando se satisface este deseo de poder, no sucede lo mismo, el sujeto no se vacía. Este sentimiento placentero de poder, a medida que uno va pudiendo más, es un sentimiento que crece y que se acumula. A medida que el yo va teniendo éxito en su trato con el estímulo, se va siendo cada vez más fuerte y cada vez menos débil. El trato con las dificultades de la vida, con la realidad, es algo que cada vez le sale mejor y es una oportunidad de satisfacer su deseo de poder y al mismo tiempo experimentar placer. El sujeto empieza a desear las dificultades, porque se siente confiado y seguro de poder soportarlas y entonces ve en ellas la oportunidad de sentir placer. El placer que obtiene se agota rápido, pero su sentimiento de potencia no se agota, sino que crece y se transforma en más seguridad y más confianza. Esta cuestión de que el sentimiento de poder empiece a crecer nos acerca a esta idea de estado de satisfacción del que estábamos hablando. No es un placer que desaparece y hay que volver a empezar para volver a sentirlo, sino que es algo que se va acumulando.

Entonces veamos un poco las conclusiones. Diógenes afirmaba que no es rico el que más tiene sino el que menos necesita. Podríamos cambiar la palabra "riqueza" por la palabra "felicidad". La felicidad radica en necesitar menos, no en tener más. Nuestra idea de la felicidad nace de una actitud neurótica frente a la vida: la actitud de que pedir más no cuesta nada, que, si nos sometemos y nos portamos bien, sobre todo si sufrimos y nos declaramos infelices, alguien -Dios- nos dará todo -obviamente, menos el poder-. Es la actitud de "el que no llora, no mama". Si la felicidad existe como estado de grata satisfacción, lo que más se le parece es esta vivencia de poder que les describía, que nos permite transitar la vida con un sentimiento de seguridad y confianza. La felicidad, entonces, es una *actitud* frente a lo que se desea, la sensación de que tenemos lo que necesitamos, la sensación de que lo que nos falta lo podemos conseguir, la sensación de que lo que no podemos conseguir lo podemos soportar. Muchas gracias.